



Sociología y autobiografía *

Bernard Lahire **

“Sí mismo.

Sólo conocemos de nosotros mismos a aquel que las circunstancias nos han dado a conocer (ignoro muchas cosas de mí).

[...]

Toda pregunta sobre el sí mismo, todo accidente que hace que se capte, todo punto de vista desacostumbrado, muestra el *sí mismo* de una manera que no se conocía. No es seguro que el conocerse tenga sentido, ni que un hombre no pueda conocer a otro hombre mejor que a sí mismo.”

(P. Valéry, *Tal cual.*)

1. “Esto no es una autobiografía”

Como subtítulo a su *Esquisse pour une auto-analyse*, publicado tras su muerte, Pierre Bourdieu ha escrito la siguiente frase: “Esto no es una autobiografía” (Bourdieu, 2004: 5). Guiño al desconcertante “Esto no es una pipa” [*Ceci n’est pas une pipe*] de René Magritte que acompaña la pintura de lo que todos reconocemos como “una pipa”, puede parecer paradójico este rubro en la medida en que el lector encuentra ahí elementos de su infancia y adolescencia (al final del texto), sobre su familia y la escuela, sobre su experiencia en Argelia, sobre su trayectoria intelectual, filosófica luego antropológica y sociológica. ¿Por qué entonces tal advertencia al lector, que puede parecer sorprendente y que ha hecho decir o escribir a comentaristas precipitados que Pierre Bourdieu buscaba zafarse de las leyes del género autobiográfico (“No tengo la intención de rendirme al género de la autobiografía, respecto a lo que ya he dicho sobradamente de cuanto tenía a la vez de convenido e ilusorio” [Bourdieu 2004: 11]¹), justo cuando se sometía a él?

* Una versión de este texto fue publicada en la *Revista de Antropología Social*, UCM, 2004, 13, 37-47, ISSN: 131-558X

** École Normale Supérieure Lettres et Sciences Humaines. E mail: Bernard.Lahire@univ-lyon2.fr

¹ Pierre Bourdieu remite implícitamente aquí a un artículo que ha titulado “La ilusión biográfica” (1986) y en el que critica en particular el presupuesto según el cual “la vida” constituye un todo, un conjunto coherente y orientado, que puede y debe ser aprehendido como expresión unitaria de una “intención” subjetiva y objetiva, de un proyecto”. (Bourdieu 1986: 69)

La razón esencial es que Pierre Bourdieu pretendía librar un análisis sociológico sobre él mismo, como lo habría hecho sobre otros, en lugar de emprender el “contarse” teniendo por única guía el placer de desgranar recuerdos destacados o emotivos. Se trataba para él, por lo tanto, de tomar por objeto de análisis sociológico los elementos pertinentes de su trayectoria y de dar a leer los productos de este análisis al lector. Es por eso que precisa desde la introducción: “Adoptando el punto de vista del analista, me obligo (y me autorizo) a retener todos los rasgos que son pertinentes desde el punto de vista de la sociología, es decir, necesarios para la explicación y comprensión sociológicas, y solamente aquellos. Pero lejos de querer producir con eso, como se podría temer, un efecto de clausura, imponiendo mi interpretación, quiero entregar esta experiencia, enunciada tan honestamente como sea posible, a la confrontación crítica, como si se tratase de cualquier otro objeto” (Bourdieu 2004: 11-12).

Análisis sociológico de sí y autobiografía no implican el mismo género de ejercicio y, por lo tanto, no responden a las mismas exigencias. Leído como una autobiografía, el libro póstumo de Pierre Bourdieu podría juzgarse como decepcionante, por ser demasiado “seco” y no ofrecer ni confesiones o declaraciones, ni desahogos sentimentalistas, ni anécdotas enternecedoras, perturbadoras, divertidas o conmovedoras sobre su vida personal. Por el contrario, leído como un análisis sociológico –es decir, un análisis objetivante y contextualizante– de sí, la obra cumple en gran medida su función y no defrauda las expectativas (diferentes) del lector. Se leen en ella sus propiedades sociales, culturales y académicas, las principales propiedades sociales de personas que le han marcado, el estado estructural o coyuntural de posibilidades en el momento en el que él había elegido tal orientación académica, profesional, científica, institucional, etc. En cada caso, la persona de Pierre Bourdieu no es el centro del “problema” ni de “atención”, sino un punto particular situado (y situante) en espacios estructurados (y estructurantes).

2. La autobiografía renovada desde el interior: el caso Hoggart

Procedente de otro país y de otra generación, Richard Hoggart, nacido en Leeds (Inglaterra) en 1918, es conocido en Francia tras la traducción de su famosa obra *The Uses of Literacy*². Este texto ha constituido y constituye todavía una obra de referencia para todos aquellos (sociólogos, antropólogos, historiadores...) que pretenden comprender el sentido de las prácticas populares. Procedente él mismo de clases populares, Richard Hoggart pretendía así revelar una serie de observaciones y de análisis concernientes a diversos aspectos de la vida de las clases populares inglesas (vida en familia y en el barrio, religiosidad, relación con los medios de comunicación, prácticas de lectura y, más extensamente, maneras de hablar, moral práctica, etc.), basada en estudios sociológicos pero también, y esto es lo que constituye la originalidad del punto de vista científico, en su propia trayectoria de universitario procedente de los ámbitos sociales que él describía. Sin embargo, contra lo que se pueda pensar espontáneamente, el hecho de proceder de un grupo social no predispone sistemática y necesariamente para hacer (buena) sociología de ese grupo. El paso (a menudo doloroso y problemático) de un grupo (dominado) a otro (más legítimo) puede a veces entrañar relaciones ambivalentes (entre la afección y el desprecio cultural) respecto a su medio de origen³. Era necesaria pues la gran lucidez sociológica de Hoggart para captar que el “becario” (que había sido) era el producto más puro del sistema escolar” (Hoggart 1970: 354) y evitar así en su trabajo introducir ciertos efectos sociales ligados a su “ascensión social”. Convertir la travesía por el espacio social, verdadera experiencia antropológica (tanto en el sentido de experiencia humana como en el de experiencia del “exotismo” en el seno de la misma formación social), en disposiciones científicas para interrogar el mundo social, y esto sin hacer miserabilismo ni populismo, es la apuesta exitosa del autor de *The Uses of literacy*.

² Obra traducida al francés con el título *La Culture du pauvre* (Hoggart 1970).

³ El equivalente literario del trabajo de Hoggart es, sin duda, la obra de Annie Ernaux, cuya escritura trata de consignar la ambivalencia y la oscilación de sentimientos que se han sentido, a lo largo de su trayectoria, tanto frente a su familia como frente a la escuela (Ernaux 1974, 1983 y 1987).

Ahora bien, se puede encontrar en su libro *A local habitation* (traducido en Francia con el título *33 Newport street*) una filosofía bastante emparentada con el autoanálisis tan estimado por Bourdieu. No obstante, a diferencia de éste, Hoggart no ha dejado de proponer a los traductores un subtítulo que vincule el libro al género autobiográfico: *Autobiografía de un intelectual procedente de las clases populares inglesas*. Antes que revocar abiertamente el género, él ha preferido transformarlo y acondicionar su interior.

Así, *33 Newport street* es una autobiografía de un género particular. Lejos de ese género literario que consiste en primar continuamente la vida personal y los sentimientos íntimos del autor, Hoggart escribió una autobiografía que no está basada exclusivamente en su trayectoria “individual” aislada, sino que proporciona, a través de un trabajo de reconstrucción minucioso, las diferentes condiciones sociales de producción de su persona. Lo que Hoggart ha tenido prematuramente, antes incluso de ser el intelectual famoso que ahora conocemos, es la intuición de que “la gran mayoría de nosotros rumia realmente en sus mentes el modelo y la imagen tridimensionales que nos son propias, un sentido del tiempo, del espacio y de lo realizable que nos es personal en una mínima parte, que está determinado socialmente, y que permanece prácticamente invariable una vez que ha tomado forma” (Hoggart 1991: 238). Por consiguiente, la autobiografía sólo puede ser, en su concepción, la descripción de sí fraguada y formada sin cesar, constituida en el seno de un tejido de relaciones sociales, de vínculos de interdependencia múltiples. Los sociólogos encuentran así en este libro una verdadera reconstrucción sociológica de las condiciones que han contribuido al éxito escolar y a la “salida” de su medio de un joven de origen popular.

3. ¿Dónde reside “la verdad” de la autobiografía?

A través de los dos ejemplos atípicos de Pierre Bourdieu y de Richard Hoggart, se pulsa uno de los problemas centrales que plantean los testimonios personales escritos, y más particularmente el género autobiográfico, al sociólogo: éstos no tienen por objetivo contextualizar históricamente, socialmente, culturalmente... los personajes y sus acciones, sus propósitos y sus sentimientos. Y se podría decir que la verdad de la autobiografía no está por completo contenida en la autobiografía. Por esto, el sociólogo debe, para que sea pertinente la utilización de textos autobiográficos como material interpretable, sacar informaciones de los contextos extra-textuales (escolares, políticos, religiosos, familiares...) correspondientes a los diferentes momentos de la trayectoria narrada, y también al momento en el que el escritor se narra, para comprender lo que está en juego, a partir de qué presupuestos culturales, a partir de qué categorías históricas de percepción el autor se “dice” y se “pone en escena”.

Contra lo que reivindican tácitamente numerosas autobiografías con su “retórica del yo”, a saber, la autenticidad y la verdad sobre sí (¿quién si no, se preguntarán, está mejor situado para hablar de sí sino uno mismo?), los textos autobiográficos han de ser manipulados con pinzas críticas. Imposible hacer de la autobiografía un objeto de estudio o un material para el estudio sin cuestionar radicalmente el mito de la autenticidad, de la sinceridad, de la verdad subjetiva o de la escritura íntima y personal, y así necesariamente justa, de sí mismo. Esta ruptura es la que sugieren las propuestas filosóficas de Paul Valéry (que introducen este artículo) a propósito de la “investigación sobre sí” que, en general, y especialmente bajo sus formas literarias autobiográficas, no es la que está más capacitada para producir una verdad, si quiera un poco objetiva, sobre su propia trayectoria.

4. Del cúmulo de datos al corpus teóricamente construido

Inspirado en el Archivo Diarístico Nazionale creado en Italia por Saverio Tutino en 1984, el francés Philippe Lejeune⁴ concibió en 1989 el proyecto de “archivos autobiográficos”, que se consolidó en 1992 con la creación de la APA (Asociación de la Autobiografía y el Patrimonio Autobiográfico), radicada en

⁴ Profesor de Literatura y autor de numerosas obras sobre la autobiografía (1971 y 1975).

Ambérieu-en-Bugey. En diez años de existencia (de 1992 a 2002), esta asociación ha logrado reunir alrededor de 1500 manuscritos. Se ha provisto, además, de catálogos en los que se incluyen presentaciones resumidas de textos, así como índices que permiten situar los manuscritos según el punto de vista temático (¿qué mundo social o qué fragmento de vida se pone de manifiesto?) e histórico (¿de qué período de la historia se trata?).

En la medida en que hay testimonios personales (diarios personales, autobiografías “exhaustivas” o parciales) y archivos, concita el interés evidente de historiadores, sociólogos y antropólogos. Sin embargo, un depósito de “testimonios” sólo puede constituir una fuente para las ciencias humanas y sociales si previamente se somete a un trabajo de crítica del material así reunido y “puesto a disposición” de los investigadores (se trata, en concreto, de preguntarse qué manuscritos han llegado hasta los archivos y qué otros existen pero no llegaron o no llegarán quizá nunca hasta ellos; o preguntarse también acerca de la especificidad cultural y social de aquellos que deciden confiar testimonios *por escrito*). Después, una vez que esta crítica de las fuentes haya hecho su labor, todavía es preciso que los investigadores cuenten con algunas ideas sobre lo que se puede hacer y lo que no se debe esperar obtener de ellos.

Al sociólogo Jean-Claude Passeron le gusta contar una anécdota que esboza la relación científicamente razonada con el material empírico. Un estudiante viene a verle para preguntarle qué puede hacer para sacar el mayor provecho de un “corpus” aparentemente muy atractivo (viejos archivos epistolares de familia, series o colecciones casi completas de diarios, de revistas o ilustraciones, etc.) y la honestidad científica le pone en la obligación de responderle que “no puede hacer nada de nada” o “no gran cosa”⁵. Un montón de datos empíricos no tiene *a priori* ningún interés para el sociólogo mientras no lo haya concebido, recortado, seleccionado, delimitado, en suma, mientras no lo haya constituido en *corpus empírico teóricamente construido*.

Esto, de manera aparentemente menos severa pero igual de firme, es lo que significaba el historiador Marc Bloch cuando escribió:

“Muchas personas e incluso, parece, ciertos autores de manuales se hacen una imagen asombrosamente cándida del proceder de nuestro trabajo. Para empezar, dirán satisfechos, están los documentos. El historiador los agrupa, los lee, se esfuerza en sopesar la autenticidad y la veracidad. Tras esto, y sólo tras esto, los utiliza... No hay más que un inconveniente: ningún historiador, nunca, ha procedido así. Incluso cuando, por ventura, imaginase hacerlo; (ya que) pues los textos o los documentos arqueológicos, incluso los más claros en apariencia o los más complacientes, sólo hablan cuando se les sabe interrogar. Antes de Boucher de Perthes, los sílex abundaban, como ahora, en los aluviones de la Somme. Pero quien así interrogaba erraba, y no había prehistoria. [...] En otras palabras, toda investigación histórica implica, desde sus primeros pasos, que la investigación tiene ya una dirección. Para empezar está el espíritu. Jamás, en ninguna ciencia, la observación pasiva ha resultado fecunda. Suponiendo, por otra parte, que ésta sea posible”. (Bloch 1997: 77).

Puesto que es necesario un “cuestionario”, como dice Marc Bloch –una problemática diría el sociólogo– es preciso preguntarse de qué manera podríamos interrogar unos fondos autobiográficos como los de la APA. En todo caso, es lo que he comenzado a hacer con la intención de explotar, en un futuro bastante cercano, este banco de datos autobiográficos.

5 ¿Cómo interrogar la autobiografía?

Podemos preguntarnos de una manera general en qué estado del mundo social los cientos de “anónimos” sienten –en la misma época y sin concertarlo colectivamente– el impulso de escribir, de testimoniar por escrito su vida. Esta cuestión implica lógicamente otra: en qué estado del mundo social otros se sienten impelidos a reunir esos relatos (por juzgarlos oportunos, interesantes, apasionantes, útiles...). Los múltiples actos de escritura por una parte, las asociaciones u organismos de recogida y almacenaje de manuscritos por otra, constituyen hechos sociales en sí mismos dignos de ser estudiados.

⁵ Esta anécdota se encuentra escrita en Jean-Claude Passeron (1995).

Es preciso preguntarse acto seguido, en cada caso, lo que conduce a una persona a escribir su autobiografía y a testimoniar su pasado. Qué vida (o qué acontecimientos) es necesario haber vivido, qué formación académica es preciso haber recibido, con qué acontecimiento desencadenante es necesario haberse encontrado para experimentar la imperiosa “necesidad” de escribir sobre sí mismo. O, dicho de otra manera, cuáles son las condiciones individuales y colectivas que *autorizan* a una persona para escribir a cerca de su vida⁶.

Si aquí hablo de “autorización”, ¿es porque la escritura larga⁷ permanece aún asociada en nuestras sociedades a una cierta relevancia social? Y, todavía más estrechamente unida a esta idea, está la escritura de sí o sobre sí mismo. ¿Qué es necesario haber vivido y qué relación consigo mismo se precisa entablar para sentirse digno de dejar rastro de sí? ¿Qué es lo que puede impeler a alguien a escribir sobre uno mismo sin experimentar el sentimiento de ser pretencioso, arrogante, narcisista (“El yo es aborrecible”, escribió el filósofo Blaise Pascal)? Múltiples son las resistencias a la escritura sobre uno mismo en medios populares (Lahire 1993). En primer lugar, escribir un diario personal puede ser signo de que se oculta algo a los otros, de que se evita el “cara a cara”, la relación “directa” y de que se carece de “sinceridad”: “No, yo no, no, no (ríe). Prefiero decirlo de viva voz. Yo, soy así, cuando tengo algo que decir, lo digo, pero no lo escribo. ¡Soy sincera, lo digo! (Mujer, estudios primarios, 54 años). Existe también, y sobre todo, el riesgo de pasar por “pretencioso”, si no se ha vivido una vida “digna” de ser contada. Por ejemplo, un ama de casa de 43 años, titular de un certificado de estudios primarios, habla en estos términos de sus abuelos, que habían escrito un diario personal: “A lo mejor ellos vivieron muchas cosas, sí, seguramente, en cualquier caso, los ancianos han vivido más cosas que nosotros. No, yo no, creo, vamos no sé, pero quizá, seguro que vivieron muchas cosas, mis abuelos sufrieron. Tuvieron nueve hijos, eran once endos habitaciones, eh. Así bueno, pues, es cierto que mi padre, cuando habla de ello, se alegra de haber salido de la mierda, ¿no?”. El sufrimiento o la excepcionalidad de una experiencia o de una trayectoria hace pensable la escritura de sí y sobre sí a ojos de aquellos cuyos recursos sociales y culturales son escasos y han adquirido el hábito de pensar, dadas las posiciones dominadas que ocupan, que no son importantes y que su vida no merece la pena de ser contada⁸.

Por otro lado, cualquiera que sea el modo de interrogar los textos, se trata de no tomar lo que se dice como una simple colección de hechos reales, como simples documentos que informan sobre la vida de una persona, de una profesión, de una región, de una familia, de una ciudad o de una época. Es especialmente necesario considerar la autobiografía, así lo ha sabido hacer el historiador Jean Hébrard a propósito de Valentin Jamerey-Duval, tanto como el *momento de una trayectoria* como el *relato de una trayectoria*: “La autobiografía del autodidacto tiene antes valor pragmático que representativo. Pertenece al orden de lo performativo: es un acto de escritura” (Hébrard 1985: 28-29). No tomar el texto autobiográfico al pie de la letra, sino considerarlo como un momento clave (y reflexivo) de un recorrido, es un principio que no se aplica únicamente a las autobiografías de autodidactas que se afanan en testimoniar a través de la escritura que han adquirido legitimidad en el orden de los saberes.

Hablar de sí y de su pasado, es hablar de las personas o grupos que se han frecuentado, de las instituciones por las que se ha pasado y que han dejado marcas subjetivas: en lo más personal se lee lo

⁶ Sabemos, gracias a la encuesta francesa sobre las prácticas culturales de los franceses de 1997, que quienes tienen un diario personal son más a menudo mujeres que hombres (11% de mujeres han tenido uno en los últimos doce meses, frente a sólo el 6% de hombres), personas que han alcanzado estudios superiores (y que han, por ello, contraído una gran destreza en la redacción escrita) con más frecuencia que los no diplomados (19% frente a 5%), ejecutivos y profesiones intelectuales superiores más que operarios no cualificados (18% frente a 3%).

⁷ La “escritura larga” se opone a todo escrito no-sintáctico (las palabras de las listas de la compra, las notas breves, etc.) y al “escrito corto” formado por simples frases. En suma, la escritura es larga desde el momento en que se integra dentro de un género textual determinado; una novela o también un relato corto forman parte de la escritura larga (aunque los límites no son muy precisos) [N. de T.]

⁸ Es preciso tener presente, con Michel Foucault, que la “escritura de sí” en la Grecia clásica es una “técnica de sí” esencialmente utilizada por las élites con miras a “gobernarse” mejor para gobernar a los otros (Foucault 1994a y 1994b).

más impersonal, en lo más individual lo más colectivo. Es también hablar de su pasado desde el punto de vista del que se ha llegado a ser y que selecciona –la mayoría de las veces no conscientemente– sus recuerdos en función de lo que se quiere decir de uno mismo en el presente. Los pasajes aparentemente más descriptivos que tratan de la infancia son frecuentemente momentos en los que la autobiografía habla de lo que se es en el momento de la escritura, de su relación presente con el mundo y con las personas.

En definitiva, tratamos de interrogarnos sobre las transformaciones en relato de la propia vida, y de la coherencia que se deriva de ello (Lahire 1998 y 2002).

¿Mediante qué marcos narrativos los autobiógrafos se cuentan a sí mismos? ¿Qué límites de estos marcos lingüísticos se imponen a las personas? ¿A qué pasajes obligados (temáticos, estilísticos, retóricos...), debe plegarse dócilmente esta escritura de sí y qué es lo que ésta censura sin que el escritor se dé cuenta? La escritura personal, la escritura del yo, de lo íntimo, de lo auténtico, etc., tiene también, como he consignado más arriba, sus códigos, sus condicionamientos, sus reglas, sus limitaciones no conscientes que son útiles estudiar.

Conocemos, respecto a la escritura de biografías, las inclinaciones tácitas a poner en práctica un principio de coherencia y de linealidad. En cuanto se renuncia a la tentación empirista del relato de vida singular, a su riqueza inagotable (relato que a fuerza de querer decir demasiado, no dice nada⁹), se ve cómo se abre ante uno la vía de antemano trazada de la escritura biográfica, guiada por un principio central de unidad o de coherencia.

Daniel Madelénat ha desvelado acertadamente esta tentación que acecha a todo escritor de autobiografías: encerrar en un sustantivo o en una expresión la clave, la esencia, la pulsión dominante, la unidad principal, el sistema, la estructura organizadora, la ley íntima, el principio último o el motor primero de una vida o de una personalidad. El sueño de la mayoría de los biógrafos es, pues, condensar hasta el extremo, en una fórmula única, incluso en una sola palabra, los elementos-clave de una trayectoria [*parcours*] o de un carácter individual¹⁰.

La biografía puede a veces explorar también el modelo de la doble personalidad, “orden a medio camino entre la sobre-simplificación del héroe o del santo y la amorfia pulverizada del azar” (Madelénat 1984: 123). Sin embargo, yendo más allá, el investigador debe interrogarse sobre estos modelos *prêts-à-porter* de presentación de sí y del otro que, complejizando la realidad individual, no dejan de reducir esta complejidad a la figura simplificada de la contradicción central o de la tensión principal: “el dualismo se traduce en algunos de los polos estructurales que componen la personalidad y organizan una vida: amor y gloria, orgullo y ambición, impulso y cálculo... La estructura dualista permite simplificar hasta el extremo las contradicciones, e incluso hacer una doctrina explicativa” (*Ibid.*)¹¹.

*

Este es el conjunto de interrogaciones y precauciones que deben guiar necesariamente al sociólogo en su búsqueda científica cuando hecha mano de la biografía para tratar de “hacerla hablar” del mundo social.

⁹ En la historia del género biográfico se encuentra el estilo impresionista y puntillista, en el que el biógrafo puede convertirse a veces en compilador de actos, de hechos y gestos no jerarquizados. No obstante, a fuerza de singularizar demasiado y de no clasificar o jerarquizar nada, la biografía se expone a la fragmentación infinita del individuo en hechos y gestos, es decir, a “la disolución del carácter en instantáneas anecdóticas” (Madelénat 1984: 46).

¹⁰ “Cuando Richelieu compone para Monluc la sentencia ternaria y barroca: “*Multa facit, plura scripsit, magnus vir tamen fuit*”, recoge hasta el extremo los hechos destacados de una vida” (Madelénat 1984: 21). Del mismo modo, Lauvrière sitúa en la dipsomanía de Edgar Poe “la clave del apasionante enigma que forman conjuntamente su obra y su vida: ésta lo explica todo de él: su fuerza y su debilidad, su genio y su locura, su desgracia y su gloria; sin ella su vida y su obra aparecen como monstruosidades vacías de sentido; con ella, más misterio: todo así deviene claro, lógico, armonioso incluso” (Madelénat 1984: 125).

¹¹ Por ejemplo, Marcel Brion presenta un retrato de Schumann “desgarrado por estas dos personalidades contradictorias que se debaten en su interior: el ser de razón y el ser de sinrazón” (Brion 1954: 375).

A condición de que se permanezca vigilante y de que no se tome ingenuamente la autobiografía por lo que pretende a veces ser –el relato transparente de acontecimientos biográficos tal y como se han desarrollado o el testimonio “auténtico”, “sincero” y “verdadero” de una experiencia subjetiva o íntima–, este material textual puede no solamente revelarse como explotable sociológicamente, sino pasar a ser fuente de nuevos saberes sobre el mundo social.

6. Referencias bibliográficas

BLOCH, Marc

1997 *Apologie pour l'histoire ou Métier d'historien*, Paris, Armand Colin.

BOURDIEU, Pierre

1986, “L’illusion biographique”, *Actes de la recherche en sciences sociales*, n° 62/63: 69- 72.

2004 *Esquisse pour une auto-analyse*, Paris, Raisons d’agir.

BRION, Marcel

1954 *Schumann et l’âme romantique*, Paris, Albin Michel.

ERNAUX, Annie

1974 *Les Armoires vides*, Paris, Gallimard.

1983 *La Place*, Paris, Gallimard.

1987 *Une femme*, Paris, Gallimard.

FOUCAULT, Michel

1994a, “L’écriture de soi”, *Dits et écrits, 1954-1988*, Paris, Gallimard: 415-430.

1994b “Les techniques de soi”, *Dits et écrits, 1954-1988*, Paris, Gallimard: 783-813.

HÉBRARD, Jean

1985 “Comment Valentin Jamerey-Duval apprit-il à lire ? L’autodidaxie exemplaire”, *Pratiques de la lecture*, sous la direction de R. Chartier, Marseille, Rivages: 24-60.

HOGGART, Richard

1970 *La Culture du pauvre*, Paris, Éditions de Minuit.

1991 *33 Newport street. Autobiographie d’un intellectuel issu des classes populaires anglaises*, Présentation par Claude Grignon, traduit de l’anglais par Christiane et Claude Grignon (titre original : *A local habitation*), Paris, Hautes Etudes/Gallimard/Le Seuil.

LAHIRE, Bernard

1993 *La Raison des plus faibles. Rapport au travail, écritures domestiques et lectures en milieux populaires*, Lille, Presses Universitaires de Lille.

1998 *L’Homme pluriel. Les ressorts de l’action*, Paris, Nathan, Collection Essais & Recherches, Série « Sciences sociales ».

2002 *Portraits sociologiques. Dispositions et variations individuelles*, Paris, Nathan, Collection Essais & Recherches, Série « Sciences sociales ».

LEJEUNE, Philippe

1971 *L’Autobiographie en France*, Paris, Armand Colin.

1975 *Le Pacte autobiographique*, Paris, Éditions du Seuil.

MADÉLÉNAT, Daniel

1984 *La Biographie*, Paris, PUF.

PASSERON, Jean-Claude

1995 “L’espace mental de l’enquête”, *Enquête, sociologie, anthropologie, histoire*, n° 1: 13-42.